



Vol. 11, No. 1, Fall 2013, 366-374

### **Review/Reseña**

Murillo, Susana. *Colonizar el Dolor: la interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina: el caso argentino desde Blumberg a Cromañón*. Buenos Aires: CLACSO, 2008.

### **Crisis institucional y ciudadanía en Argentina**

**Maximiliano E. Korstanje**

Universidad de Palermo

Susana Murillo, filósofa y socióloga argentina de gran reputación, nos presenta su libro *Colonizar el Dolor* donde examina en profundidad y con gran claridad el rol de los medios de comunicación y los organismos de crédito internacional en la construcción de una ideología que intenta poner a la sociedad civil por encima del estado. La interpelación ideológica de la ciudadanía, la falta de legitimidad del estado, las demandas constantes por mayor seguridad, serían discursos disciplinados fijados por el *status quo* para adoctrinar a las ciudadanías latinoamericanas. La desconfianza generada por esta clase de ideologías sería funcional a la lógica de mercado. Las fallidas recetas neoliberales en Argentina, como en el resto de la región, dieron como

resultado un sentimiento de descontento y desestabilización que culminó con los incidentes de 2001 que acabara con el Gobierno de F. de la Rúa. En consecuencia, se ha generado un clima de crisis institucional que lleva a la ciudadanía a negar lo político.

Para explicar esta indiferencia, Susana Murillo (2008) emplea la idea de un “consenso por apatía” por medio del cual el terror a la desaparición forzosa del cuerpo, durante las últimas dictaduras militares forjó la necesidad de evocar la idea de “comunidad restaurada”. Esta restauración se haría posible por medio de una combinación de coacción y fuerza. En otras palabras, los problemas sociales que se experimentan hoy pueden ser corregidos volviendo a una sociedad anterior que restituya el orden perdido. En este sentido, tanto el clima de inseguridad como la corrupción política conllevan a pensar que el ciudadano se encuentra indefenso. Este estado de vulnerabilidad, de alguna u otra forma, sentaría las bases para la protesta.

Ante la corrupción del mundo político tanto la unión tripartita como el Consenso de Washington estipularon narrativas tendientes a deslegitimar la acción y la presencia del estado en diversas áreas del espacio público. Asociada a la corrupción y a la ineficacia estatal, los organismos de crédito internacional adoctrinaron nuevas formas de conciencia nacional donde el mercado ha jugado un rol protagónico como catalizador de las necesidades humanas. El antiguo paradigma del pacto social que hablaba de un estado-fuerte con el poder de policía suficiente para garantizar el bienestar de la ciudadanía, dio lugar a nuevas estructuras reguladas por el mercado financiero. A través de la globalización, las empresas modernas operaron en un clima de flexibilidad e incertidumbre absoluta. Ante el elevado grado de incertidumbre que despertaba la falta de perspectiva normativa, la ciudadanía se ve impelida a recurrir a la figura de los militares como custodios del orden nacional (perdido). El pensamiento que subyace es que sólo la fuerza corrige al crimen.

Desde esta postura, Murillo explica convincentemente las condiciones por las cuales el ciudadano desarrolla un apego ambiguo respecto de su respectivo estado; por un lado se ponen reclamos que no pueden ser satisfechos (sobre todo en temas de seguridad) a la vez que se reivindica un pasado mítico inventado con el fin de satisfacer los propios sentidos de seguridad anhelada. La ideología no descansa en

una construcción falsa, como postularon los marxistas, sino en una narrativa ideal donde las carencias humanas son satisfechas acorde a un pasado mítico a-temporal. En el fondo, el aspecto sociológico que subyace en toda ideología es la propensión humana a controlar la muerte. Ante la amenaza que supone la muerte sobre cualquier comunidad, la ideología no sólo intenta negar su presencia, sino que articula las relaciones de poder.

La eficacia del Consenso de Washington radica en combinar regimenes de dictadura feroz para reducir las voces disidentes, con democracias corporativas para estimular la necesidad de consumo. La apatía por lo político ha sido producto de una modificación sustancial en toda América Latina, la cual fue originalmente introducida por las sangrientas dictaduras militares que operaron entre los setenta y ochenta, a la vez que por las diversas y repetidas decepciones económicas traídas por las democracias en la región. Si el terror político fundó las bases para el no compromiso político, la desregulación del estado (acaecido con la democracia en las décadas posteriores) ha creado un clima de escepticismo político latente que se recluye en la utopía de lo privado (Murillo, 2008).

Según su argumento, el cual se repite en todos los capítulos, Murillo explica que los organismos de crédito financiero han tomado un rol proactivo generando cambios culturales y estructurales en todos los estados del planeta. Si la sociedad contractualista consideraba que todos los ciudadanos eran iguales ante la ley, el nuevo paradigma socio-técnico no sólo anula el viejo pacto social, sino que introduce un neo-decisionismo donde la decisión crea el estado de excepción sobre quien debe recaer norma. En esa lógica, la desigualdad, la pobreza y las diferencias sociales se agudizan hasta el punto de normalizarse, o percibirse como universales. Uno de los aspectos ideológicos del capitalismo moderno sería, según Murillo, hacer creer a los ciudadanos que la desigualdad es una característica humana básica que sólo puede ser regulada, pero no eliminada. Particularmente, los estados centrales (con Estados Unidos a la cabeza) han trazado a lo largo de las épocas diversos dispositivos discursivos y disciplinarios con el fin de adoctrinar a los gobiernos latinoamericanos. La dictadura que azotó a la Argentina desde 1977 hasta 1982 modificó las formas en que los ciudadanos vivían la política. Por medio de tácticas de terror, generaron un consenso por

apatía donde lo político era visto como una cuestión peligrosa. No involucrarse era una de las estrategias que permitían no sólo sobrevivir sino regular el grado expandido de ansiedad en la población, por las crecientes desasosiones físicas de ciudadanos.

Sin embargo, la elite financiera, dándose cuenta que la represión es funcional al orden sólo temporalmente, introdujo con las democracias parlamentarias la idea de que el Estado era un organismo ineficiente y que debía ser reemplazado por una lógica superadora, cuya expresión única era el mercado. Las promesas neoliberales no sólo terminaron en una gran catástrofe sino que no pudieron articular ninguna de las demandas ciudadanas. Desde 2001 hasta la actualidad, los ejes dominantes discursivos fijados por los países centrales, a través de sus organismos financieros como el Banco Mundial, han cambiado a la idea de un empoderamiento de la sociedad civil, por encima del estado. La corrupción, la seguridad y desigualdad han sido los temas centrales, que, ayudados por los medios de comunicación, marcan la agenda política de los gobiernos. Desde el caso Blumberg hasta Cromañón, admite Murillo, los grupos civiles auto-organizados interrumpen en la esfera pública haciendo galardón de los discursos fijados por las entidades dominantes. Estas demandas van desde mayor poder representativo y represivo por parte del estado (bajo el ideal de leyes más duras) hasta la sospecha constante de corrupción.

El Banco mundial tiene la particularidad de cambiar su discurso acorde a la época, y a las particularidades de cada región. Los paradigmas socio-técnicos sólo son posibles mediante la combinación de expertos, quienes fijan las pautas a seguir, modificaciones jurídicas y normativas que favorecen a los grandes monopolios y la necesidad constante de urgencia que sólo da la inseguridad. En tanto discurso, el concepto de inseguridad permite la contratación de créditos por parte de ciertos estados en vías de desarrollo, que lejos de solucionar el problema, agravan el grado de intendencia financiera. En consecuencia, su tesis central es que la necesidad de intervención moral sobre sujetos públicos por medio del proceso de “rendición de cuentas del poder político”, sienta las bases para una nueva reconfiguración legal, donde el reclamo político no nace de la carencia como en la época industrial (nacimiento de lo social), sino de la creación de víctimas. El concepto de ciudadano ha dado lugar al de víctima. Hasta aquí, hemos reflejado lo

más fielmente el pensamiento de Murillo. Su profundidad y su necesidad constante de buscar explicaciones holísticas al problema de la seguridad y la victimización hacen de *Colonizar el Dolor* un estudio que invita a la discusión crítica.

No obstante, el desarrollo argumental de su trabajo descansa sobre tres grandes falacias. La presente revisión no se corresponde con una crítica directa a Murillo, sino a toda una forma de pensar lo político que ha fecundado en Latinoamérica en los últimos decenios, y que por desgracia tiñe la objetividad.

La cuestión del Estado es para los pensadores latinoamericanos un último refugio frente al avance del orden capitalista. Para defender esa idea central, como bien documentó A. Fillipi, surge por la adopción errónea de ciertas tesis marxistas, da lugar a que se crea que lo político es sinónimo de Estado, y por ende el fin de lo político es el fin del estado (Fillipi, 1988). Cualquier grupo que cuestione la acción del mismo, niega la naturaleza misma de lo político. Cabe mencionar que el Estado es sólo una construcción política entre tantas otras (Balandier, 2004), que no es condición única del acto político. Estos prejuicios han cambiado a lo largo de los años, pero provienen del pensamiento filosófico fisiocrático que promovía la felicidad de todos los hombres, sólo bajo condición de control del mercado. Esta idea, la cual arribada a Latinoamérica, se ha petrificado hasta el punto de considerar a medias los trabajos de Max Weber que son ampliamente citados para complementar los de Marx. Weber reconocía abiertamente que la reorganización económica del trabajo tenía grandes influencias sobre el acto social. En vista de ello, existían tres lógicas posibles de dominación, carismática, burocrática y tradicional. Estas formas alcanzan diversos grados de legitimidad dentro de la organización, pero Weber clarifica, no existe predominio de una sobre otra, todas coexisten en las economías modernas y en sus respectivas organizaciones.

En este contexto, el capitalismo weberiano no está determinado por el fetichismo de la mercancía, ni mucho menos por la inversión de la lógica mercancía-capital-mercancía que hace a la reproducción capitalista, sino a la hegemonía de formas específicas de control con arreglo a fines que hacen a la lógica burocrática racional. Si bien para Weber, esta dinámica era condicionada por el ethos protestante, quedaba claro que el Estado es la máxima construcción capitalista

(arquetipo), la última de las empresas cuyo fin no es proteger a los ciudadanos (como argumenta Murillo) sino disponerlos, disciplinarlos para dirigirlos acorde a fines preestablecidos. Dichos fines, no estaban ligados al consumo desmedido, sino a la hegemonía de lo racional sobre otras formas de legitimidad como la carismática o la tradicional. El dinero no era el fin en sí mismo, como en el pensamiento marxista, sino un medio para que la lógica de control racional sea cada vez más estricta. En tal condición, el capitalismo no surge con la producción desmedida—Weber está mirando hacia otras civilizaciones que han tenido un gran nivel comercial—sino con la introducción de las técnicas contables y con la tabla de doble entrada. Por ello, es ingenuo suponer que el Estado puede ser el último refugio frente al avance del mercado o de las grandes corporaciones económicas. El estado es la gran empresa que no sólo sustenta el orden capitalista, sino que subordina toda la legislación vigente para crear una economía de la necesidad (Foucault, 2006). En este punto, incluso Murillo desafía los postulados del mismo Foucault a quien cita profusamente. Existe una economía de la verdad, construida ideológicamente, donde el estado es un actor importante. Para subsanar estos puntos, se aduce erróneamente un supuesto cambio donde lo privado avasallaría a lo público. Claro que aún cuando él no lo hace explícito, Foucault no está preocupado por comprender la política en forma universal, sino sólo cómo opera el poder dentro del estado-nacional. Esta salvedad ha confundido a muchos intelectuales que piensan en las construcciones foucaultianas como universalmente aplicables a todas las épocas humanas. La figura del estado (innominado en Foucault) de ninguna forma se constituye como la raíz de la política, sino que es el resultado de una forma moderna de concebir el acto político.

El segundo aspecto problemático de Murillo es la introducción de ideas sin cita previa. Es correcto argumentar que la descentralización de la producción a escala proviene de los problemas en materia energética luego de los conflictos entre los países árabes e Israel que desembocan en un embargo de exportaciones de petróleo, pero esta tesis le corresponde a David Harvey quien presenta una relación directa entre la forma de producción, el consumo de insumos y la cartografía desde la época medieval hasta nuestros días. Murillo parece no conocer este estudio, tampoco citarlo en su aparato erudito.

Tercero y más importante, existe una gran influencia de la filosofía alemana en el pensamiento político latinoamericano, influencia que se observa en Murillo y que consiste en el siguiente axioma. La denuncia, comprendida como enunciado que hace visible lo que hasta el momento es secreto, adquiere credibilidad no por su contenido, sino por el contexto temporal sobre la cual es formulada. La ciencia misma funciona bajo estos parámetros. Pero hacer visible lo invisible no necesariamente es sinónimo de verdad. Si la verdad es subjetiva y relativa, entonces el momento de lo que se dice es más importante de lo que realmente se dice. En otras palabras, partiendo de un supuesto equívoco que es que una tesis, desde su creación, está condenada a ser refutada por su anti-tesis para dar lugar a una nueva tesis (dialéctica hegeliana), supone una concatenación lineal de ideas donde el tiempo marca el contenido. La búsqueda constante de novedad científica hace olvidar viejos criterios y conceptos de otras civilizaciones ajenas al arquetipo greco-latino. La ciencia, según este concepto, avanzaría probando y falsando pero siempre en un sentido lineal y directo (negando el principio de reversibilidad) en donde una tesis reciente no puede contradecir a otra del siglo V A.C. En el medio, tuvieron que haber ideas subyacentes con las cuales se debe dialogar primero. Esta forma sutil pero poderosa de pensar sugiere que el contenido de lo que se dice ha sido determinado por el tiempo. Lo que hoy se hace visible, esconde lo que antes era visible en las raíces del secreto. En perspectiva, la crítica sólo puede hacerse sobre las teorías actuales y no sobre sus predecesoras. Si yo denuncio que una persona/organismo miente, ese enunciado desestima automáticamente que todo lo que pueda decir ese sujeto sobre mí; su argumento queda vedado, silenciado para siempre. Toda nueva enuciatura (invención) sólo es posible por olvido. Como resultado, se genera un peligroso dilema moral que lleva a las sociedades a juzgar (inventar) la historia acorde a sus paradigmas morales actuales (Ricoeur, 2004). Cuando Murillo afirma que se cometió un “genocidio” contra los grupos aborígenes, siguiendo esta explicación, finalmente olvida que muchos grupos aborígenes, previamente colonizados y explotados por otras civilizaciones también aborígenes, decidieron colaborar con los europeos en fin de una supuesta liberación o que los españoles en los espacios geográficos donde no encontraban oro no parecían ser tan crueles como suponían

los escritores románticos, o incluso que la campaña del desierto argentina se llevó a cabo con muchos aborígenes conformando las filas del general J. A. Roca. La masacre a ciertos grupos indígenas, tema que queda fuera de discusión, toma una re-significación “genocidio”, el cual fue creado por Lemkin luego de la Segunda Gran Guerra, es decir, muchos años después.

Volviendo al tema en cuestión, asumir que un organismo fija agenda a los estados latinoamericanos, implica prejuzgar que es por ese motivo (y no por otro) que esos estados se sitúan en tensión inmediata con el mercado financiero. Cualquier intento o enunciado que vaya contra el Estado (y sus arbitrariedades), legitima los intereses de su controlador, el mercado. Esta falacia, que ha prendido en el pensamiento latinoamericano, lleva a diagnósticos sociales equivocados donde, como en el caso de Murillo, la víctima (que reclama) se transforma en responsable de su propia situación. Es decir, sobrevivientes de Cromañón y padres son etiquetados y estigmatizados como agentes que replican la ideología del Banco Mundial sólo cuando (tiempo) arremeten contra el Estado, pero son considerados ciudadanos “nobles” cuando acatan su legitimidad dirigiendo su reclamo hacia otros actores como corporaciones, o a medios de comunicación. En esta forma de comprender lo político vemos serios problemas epistemológicos. En parte, Murillo como muchos otros científicos sociales, no advierte que el capitalismo se encuentra enraizado en los valores culturales occidentales globales que hacen tanto al Estado como al mercado. El dinero se ha transformado sólo en mediador o constructor de relaciones entre las personas, sometidos al tutelaje de la empresa máxima, el estado-nación. En el fondo, una mano lava a la otra, y es el mismo argumento que denuncia, el que legitima el accionar capitalista. La ciudadanía acepta siempre el ethos capitalista, si se pone en tutelaje del Estado como si hace lo mismo con el mercado. La lógica de racionalidad que sustenta al sistema nunca es cuestionada.

### Referencias

Balandier, G. (2004). *Antropología Política*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

- Fillipi, Alberto. (1988). *Instituciones e Ideologías en la Independencia Hispano-americana*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (2006) *Seguridad, Territorio, Población: curso en el College de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Riccoeur, P. (2004). *La Memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: FCE.